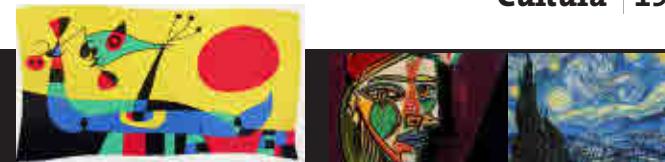


¿Y si el Arte sirviera de algo?



APRENDER DEL DOLOR



Juan Elorduy
Divulgador del Arte

Hay artistas que han centrado sus esfuerzos en representar la belleza o la armonía, Käthe Kollwitz ha buscado expresar el dolor. Hay mucha gente que no entiende que los artistas en lugar de servirnos para el entretenimiento y para hacernos la vida más agradable se empeñen en mostrarnos su dolor, su rabia o su tristeza. No siempre es una opción voluntaria. Algunos tampoco entienden que en tiempos de guerra o de ignominia los artistas encima les decoren la vida a los infames belicistas o les distraigan la mirada del dolor que provocan.

Käthe Kollwitz nació en 1867 en Alemania y era una mujer muy sensible que le tocó vivir dos guerras, el ascenso del nazismo y el sufrimiento miserable de los pobres tanto bajo el imperio de estos como bajo la tiranía bolchevique. Desde su perspectiva de católica y de socialista era un compromiso moral luchar contra tanta injusticia y tanto sufrimiento de los más necesitados. Y dedicó su arte a reclamar visibilidad a al dolor de ellos, que era el suyo propio.

Käthe se casó con el doctor Karl Kollwitz y se instalaron en el barrio más pobre de Berlín donde ejercía su profesión y su vocación de militante socialista. Tuvieron dos hijos, Hans y el pequeño Peter.

Cuando Peter cumplió 18 años fue reclutado en el ejército y cae muerto en el primer combate de la I Guerra Mundial en Flandes. Käthe quedó destrozada. Nada puede superar el dolor de una madre por un hijo muerto. Nada.

Käthe reaccionó oponiéndose a la guerra y utilizando su arte contra el belicismo en carteles y mostrando el horror en sus grabados y esculturas. Ella hablaba de «la indignación de una mujer contra la gran insensatez de la guerra». Cuando se ofreció a hacer un monumento a los caídos en Flandes ella no lo convirtió en algo heroico con imágenes de los combatientes sino que mostró el dolor de sus padres por los ausentes, el desamparo de las viudas y de los huérfanos.

De ahí nacieron imágenes potentes, con una fuerza desgarradora porque ella buscaba representar «la totalidad del dolor» (y para eso no tenía más



La Nueva Guardia de Berlín con La Pietà de Kollwitz bajo el óculo que la deja a la intemperie.



Käthe Kollwitz. Madre con su hijo muerto.



Käthe Kollwitz. Autorretrato, 1901



La gente, Hoja 7 del episodio 'Guerra', 1922



Käthe Kollwitz. Mujer con niño muerto (color), 1903.

Käthe Kollwitz. Cartel de propaganda pacifista «¡Nunca más guerra!», 1923



alto y no apartada de los libros de Historia por su calidad y sus valores humanos.

● LA NUEVA GUARDIA DE BERLÍN

Es un edificio neoclásico situado en el centro de Berlín, junto al Museo de Historia Alemán. Originalmente cuartel de las tropas

por la Gestapo, torturados hasta el punto de intentar ambos suicidarse; pero consiguieron escapar de Berlín mientras veían arder su casa-estudio con todas sus obras en un bombardeo de los aliados. En 1940 moría Karl y ella lo haría en 1945, unos días antes de acabar la II Guerra Mundial.

Käthe Kollwitz es una de las artistas más comprometidas con el dolor de los otros, si no la que más. Y debería estar en lo más

del príncipe de Prusia, se usa desde 1931 como edificio votivo en el rediseño del arquitecto Tessenow, que abrió un óculo o luz circular abierto al exterior en el centro. Actualmente es un monumento recordatorio a las «víctimas de guerra y dictadura» y bajo el óculo se halla la estatua Madre con hijo muerto de Käthe Kollwitz, también llamada «La Pietá Kollwitz» por el sentimiento de compasión que provoca y por el modelo de Miguel Ángel.

La madre y el hijo de Kollwitz son una unidad, un volumen compacto como una piedra caída ahí, no son dos cuerpos distintos sino la prolongación del uno en el otro. No hay la impasibilidad de la Virgen en la Pietá de Miguel Ángel, ni su hermosura joven y serena. La madre de Kollwitz está hundida por el dolor, envejecida de golpe, desgarrada y seca de tanto llorar.

No hay nada más en toda la estancia. Solo está aquella madre sola abrazando su dolor. Aquel vacío, aquella distancia insalvable desde nuestra posición de espectadores hasta el lugar donde ella se encuentra, aquel espacio vacío forma parte también del monumento.

¿Quién puede acercarse a su dolor? ¿Quién le explica la auténtica razón por la que murió su hijo?

Además, ella está allí, expuesta al sol, la lluvia, la nieve mientras nosotros la contemplamos desde nuestro abrigo y nuestra distancia. Ella está allí bajo un foco de luz, sin ocultar tanto dolor a la vista de los curiosos. Y lanza un grito que sobrepasa las paredes de la Nueva Guardia para clamar: ¡No a la guerra!

¿Qué más podemos aprender del dolor ajeno?